

BIBLIOTECA PORTÁTIL, 27

**Benjamin Constant**  
**CÉCILE**

TRADUCCIÓN Y POSTFACIO  
DE WENCESLAO-CARLOS LOZANO

**EDITORIAL PERIFÉRICA**

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2009  
TÍTULO ORIGINAL: *Cécile*

*Italiam, italiam*

© de la traducción y postfacio,  
Wenceslao-Carlos Lozano, 2009  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2009  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-936926-1-2  
DEPÓSITO LEGAL: CC-001-2009  
IMPRESIÓN: Tomás Rodríguez, Cáceres  
ENCUADERNACIÓN: Preimex, Mérida  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o  
parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre  
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

## PRIMERA ÉPOCA

(11 de enero-31 de mayo de 1793)

### *Italiam, italiam*

Este epígrafe, tomado del verso 523 de *La Eneida* III, de Virgilio, era por entonces expresión corriente para manifestar la alegría que se siente cuando se alcanza un objetivo largamente perseguido. En este caso, un matrimonio feliz y tranquilo. (N del T)

Fue el 11 de enero de 1793 cuando conocí a Cécile de Walterbourg, hoy mi mujer. Llevaba casada alrededor de dos años con un tal conde de Barnhelm, mucho mayor que ella. Fue la hermana mayor de Cécile quien concertó esa boda. La baronesa de Salzdorf —ése era su nombre—, que había estado unida durante veinte años al señor de Barnhelm, tuvo la idea de convertirlo en su cuñado para que no dejara de ser su amante. Víctima de esa odiosa intriga, Cécile no tardó en descubrir las relaciones entre su hermana mayor y su marido y, sin revelar los motivos a su familia, pues no quería afligir a su anciano padre, tuvo la valentía de romper todo tipo de trato íntimo con un hombre al que consideraba indigno de ella. Esta resolución, tras haberla

expuesto a numerosas persecuciones internas, le dio ante la gente una fama de extravagancia a la que se resignó sin intentar justificarse.

Vivía sola en la casa del señor de Barnhelm, a quien casi nunca veía, y sólo en muy contadas ocasiones se presentaba en la Corte de Brunswick, donde su marido tenía asignado un cargo.

Yo mismo estaba al servicio del duque de Brunswick y vivía con una mujer con quien me había casado por debilidad, a la que había amado más por bondad que por atracción desde que me casé, y cuya mentalidad y carácter no eran muy de mi agrado. Hallándome ausente con motivo de un viaje a Suiza, mi mujer se prendó de un príncipe ruso de dieciocho años. Aquella pasión, que a mi regreso encontré en su apogeo, me disgustó más por su inconveniencia que por lo que me dolía. Siendo muy joven, muy impaciente y por lo demás bastante indeciso, no tenía ninguna autoridad sobre mi mujer. Sólo le había tomado afecto por una especie de complacencia, de manera que dicho afecto acabó cuando advertí que había dejado

de necesitarlo. No intenté, pues, recuperarla con modales cariñosos o suaves. De cuando en cuando, mi condición de marido provocaba en mí veleidades de mando, pero ese esfuerzo me acababa aburriendo. La relación entre mi mujer y el príncipe, en ocasiones empañada por violentas aunque cortas disputas que sólo iniciaba yo de mala gana, prosiguió así ante mis ojos, y a veces, olvidándome de mi situación, me quedaba mirando a aquellas dos personas molestas con mi presencia; y no podía dejar de envidiar a aquellos dos corazones ebrios de amor.

Un día pasamos la velada los tres solos en medio de un silencio bastante profundo. Pero las miradas de ambos amantes, su compenetración, que a floraba en los menores detalles, la felicidad que sentían por encontrarse juntos aunque no pudiesen decirse una palabra sin que los oyera, me sumieron en una profunda meditación. «¡Qué felices son! — me dije al regresar a mi habitación—. ¿Y por qué tendría yo que verme privado de semejante felicidad; por qué, con tan sólo veintiséis años, no podría volver a enamorarme?» Pasé la noche abstraído en estos

pensamientos, y por la mañana reconté mentalmente todas las mujeres que conocía en Brunswick, sin que ninguna me llamara la atención como para creer poder enamorarme de ella.

El servicio de la Corte requirió mi presencia en casa de una vieja duquesa, madre del duque reinante. Tras el almuerzo se puso a charlar conmigo y me preguntó de repente si conocía a la señora de Barnhelm. No había reparado en ella, dada la soledad en que vivía, ni se me había ocurrido tenerla en cuenta durante mis consideraciones mañaneras. Pero al oírla nombrar me dije de improviso que quizá colmara mis propósitos mejor que ninguna de las mujeres cuya imagen había intentado recordar.

Fui a verla al salir de casa de la duquesa. El señor de Barnhelm estaba allí, en bata, tocando el violín. Su mujer estaba sentada en un sofá con un más que evidente aspecto de aburrimiento. Le encontré un rostro agradable, una piel muy blanca, un tono de voz suave, un bonito pelo, unos brazos y pechos espléndidos. Aquella noche le escribí una carta declarándome. No estaba en absoluto enamorado de ella al enviár-

sela, pero ante su respuesta, que era decorosa, ingeniosa, fría, educada y que finalizaba con una negativa rotunda a volver a recibirme, sentí o creí sentir una violentísima pasión. Volví a escribir, pedí perdón por mi osadía, me limité a suplicar que tolerara un sentimiento al que ya sólo quería llamar sincera y fuerte amistad. Negociamos durante varios días. Acabé consiguiendo que me volviera a recibir. Fui a visitarla repetidas veces y le propuse algunas lecturas. Nuestra vida se organizó de modo que pasaríamos juntos aproximadamente una hora al día.

Así transcurrió un mes, durante el cual me limité a intentar ser feliz en compañía de Cécile, quien cada día me recibía con mayor afecto y me iba tomando apego por la costumbre. No sé cuánto tiempo habría durado la cosa en estas condiciones si al señor de Barnhelm no le hubiera dado por ponerse celoso, a pesar de su relación con la hermana de Cécile y de la barrera que lo separaba desde hacía tanto tiempo de su mujer. Me vi obligado a interrumpir mis visitas. Cécile se sintió casi tan triste como yo. Mi desesperación la

hizo a veces eludir la orden que, a su parecer, el señor de Barnhelm le había dado sin tener demasiado derecho a ello. Nos vimos en horas de paseo, en el teatro, en algunas reuniones, jamás en su casa ni solos.

Sin embargo, el señor de Barnhelm incrementaba su violencia y sus exigencias, a la vez que proseguía con su pública y escandalosa relación con la señora de Salzdorf. De ello resultaron trastornos, disputas y, sobre todo, una profunda tristeza por parte de Cécile. Su marido, que sólo había sentido celos por una vanidad que no podía eternizarse en un carácter indolente y egoísta como el suyo, se cansó de ver su hogar tan trastornado y melancólico. Más que duro, era muy suyo. Lo apenaba y fastidiaba el repetido espectáculo de una mujer joven llorando. Se le ocurrió finalmente proponer a Cécile, según las leyes y las costumbres alemanas, un divorcio que le devolviera su independencia. Cécile, que de hecho ya no era su mujer, se apresuró en aceptar la propuesta, y las primeras gestiones se llevaron a cabo sin que ni ella ni yo previésemos que su libertad

podiera proporcionarle un medio de unir nuestros destinos. En efecto, yo estaba casado, y ni la pasión que mi mujer manifestaba por el principito de marras, ni mi amor por Cécile me habían llevado a desear romper unos lazos que en modo alguno me molestaban.

Pero sucedió de repente en mi matrimonio un acontecimiento cuyo resultado fue devolverme a mí también una libertad de la que en absoluto pensaba disponer. La señora de Salzdorf daba una gran fiesta, a la cual toda la Corte quedó convidada. El príncipe Narischkin, así se llamaba el joven amante de mi mujer, estaba invitado. Mi mujer también recibió una invitación. Sólo yo quedé excluido, al suponer la señora de Salzdorf que el señor de Barnhelm no deseaba toparse conmigo. Desconocía sus proyectos de divorcio, que él le había ocultado por temor a que se los desbaratara y que Cécile, que le guardaba rencor por haber amañado su infausta boda, se había cuidado mucho de no contarle.

La víspera del día en que debía celebrarse la fiesta, estuve almorzando en la Corte, sentado

junto a una dama de honor vieja y fea. Le comenté mi sorpresa por el hecho de que la señora de Salzdorf me hubiera excluido. No le daba, al decírselo, una gran importancia. Pero cuando se enteró de que mi mujer había sido invitada sin mí me habló, al principio con tacto, de mi situación doméstica. Su edad parecía otorgarle el derecho de inmiscuirse en los asuntos de un joven que gobernaba bastante mal su vida y que para nada parecía contento con ella. Desde luego, jamás he sabido cómo impedir que los demás me digan lo que no quiero escuchar. La gente se ha creído siempre con derecho a darme consejos. Me valoro poco porque no siento el menor interés por mí mismo. Escucho tranquilamente a los demás porque no me interesan, y a fuerza de indiferencia aparento una docilidad y una campechanía que animan a los aficionados a dar consejos. Además, la persona con la que estaba charlando era, como he dicho, fea y vieja. Mi mujer no era bonita pero tenía a su favor la edad y la figura. Entre todas las mujeres existe una secreta enemistad, sobre todo entre las de distinta edad. La conversa-

ción fue subiendo de tono y, tras los habituales preámbulos en que el odio se disfraza de amistad y la calumnia de benevolencia, acabamos explicándonos con franqueza. Me reveló mil detalles que me sorprendieron, mil observaciones que me hirieron. Me describió con crudeza la desconsideración a que se expone todo marido tolerante, la ridiculez del marido engañado.

Regresé a mi casa fingiendo un gran enfado, y dándole vueltas para que no se me pasara. Encontré a mi mujer sola e inicié una conversación que pronto se hizo tanto más áspera cuanto menos sentimiento había por ambas partes. Mi mujer quiso retirarse. Le ordené que se sentara y me escuchara. Obedeció. Estaba tan poco acostumbrado a mandar que su obediencia me dejó algo desconcertado. Sin embargo, se reavivó mi enojo. Hablé de mis derechos como esposo, de mi voluntad, de mi poder. Ni siquiera sabía bien lo que quería. Siempre ha habido en el fondo de mí una especie de bondad que me impide exigir de los demás aquello que les produce auténtica pena. Parecía que el efecto de cada una de mis palabras debía ser prohibir a



mi mujer toda relación ulterior con el hombre del que aparentemente sentía celos, y sin embargo no me decidía a pronunciar esa orden porque la veía injusta, y quizá también porque mi afecto por Cécile me privaba, a mi entender, del derecho a exigir un sacrificio que no estaba dispuesto a premiar. Si mi mujer hubiera sido lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de qué me estaba ocurriendo, habría dejado que nos sosegara el cansancio y las cosas siguieran como estaban. Pero creyó que su amor estaba en peligro y, suponiendo lo que aún no había dicho yo, afirmó que inmolaría, para salvar su honra, el afecto que yo le reprochaba, pero que no quería volver a ver en su vida al hombre que, sin amarla, le producía semejante daño. Me irritaron algunas expresiones hirientes que añadió, por lo que acepté una propuesta que no se me había ocurrido hasta entonces. Acordamos no contar a nadie nuestro secreto.

No se trataba de divorcio. Prometimos no volver a entrar en las habitaciones del otro, separar lo más posible nuestros intereses, estar

juntos sólo en público y actuar siempre, en cualquier circunstancia imprevista, del modo que menos nos perjudicara y menos nos obligara a vernos. Firmamos esa especie de convenio. Al día siguiente llevamos a cabo las disposiciones oportunas. Me quedé con los muebles que necesitaba para instalarme aparte, entre los cuales había un viejo pianoforte regalo de mi padre, que para mí tenía un gran valor.

Vivimos así durante unos días. Mi mujer no se sintió muy obligada por su promesa de no volver a recibir al príncipe Narischkin, y yo estaba tan cansado de atormentarme que no se me ocurrió protestar por aquel incumplimiento de su palabra. Esa especie de ruptura, aunque para nada fuera ostensible, se convirtió en obligada comidilla en una pequeña corte ociosa y fisgona. Cécile, que era mi confidente aunque no tuviera nada que ver con lo ocurrido, temió verse acusada de ser el motivo de los agravios que yo pudiera hacerle a mi mujer y me rogó que fuera más discreto en mis visitas, por lo que hice todo lo posible para que se disiparan los cotilleos que habrían podido complicar su situación.

Una noche me encontraba en mi casa, solo y bastante triste por estarlo. Abrí el piano que mi mujer me había devuelto. Encontré una carta. Era del príncipe, para ella. No dejaba ninguna duda sobre sus mutuas relaciones y sobre las consecuencias que éstas podían tener, acerca de las cuales el príncipe intentaba tranquilizarla. Al leer esto, mi adormecido honor se despertó. Hay cosas que sospechamos, que queremos ignorar, pero cuya prueba nos resulta intolerable. Fui a ver a mi mujer. Le enseñé la carta. «Podría perderla —le dije—, pero no quiero. Rompamos una unión que ya no puede mantenerse. Pida el divorcio. Acúseme de todas las culpas que no mancillen la fama de un hombre. No le reprocharé nada, pero quiero ser libre y no dar mi nombre a un hijo que me obligue a despreciar para siempre a su madre.» Mi mujer me quiso dar algunas explicaciones. Me negué a escucharla. Le di hasta el día siguiente para que se decidiera y me fui, quedándome con la carta. Al día siguiente, un pariente de ella vino para acordar conmigo el procedimiento de separación. Lo acepté todo, me desprendí de par-

te de mi fortuna. Pedimos el divorcio por mutuo acuerdo. Me culparon de muchas cosas. Compadecieron mucho a mi mujer. Hablaron muy mal de mí. Callé y me resigné.

Ya casi libres Cécile y yo, era bastante natural que pensáramos en hacer uso de esa libertad haciéndonos mutuamente felices. Pero la experiencia que yo había tenido del matrimonio me había producido un fuerte rechazo a ese tipo de unión. Es costumbre en Alemania que los maridos se preocupen por el destino de las mujeres de las que se separan, y la bonhomía alemana simplifica en ese país lo que en otra parte resultaría escandaloso. Cécile, feliz de verme a menudo, y con quien mantenía unas relaciones muy puras, quizá jamás habría pensado en casarse conmigo. Pero el señor de Barnhelm le metió esa idea en la cabeza. Desde la petición de divorcio se había creado entre Cécile y el señor de Barnhelm una especie de amistad. Cécile, por un sentimiento de venganza bastante natural, lo había puesto al corriente del carácter y comportamiento de la señora de Salzdorf, que no le era muy fiel, y de ahí resultó que éste de-

jara a su amante casi al tiempo que se separaba de su mujer. Así que fue él quien, pensando en Cécile, creyó deber esforzarse en unirnos, y fue él contra quien tuve que defenderme en los primeros momentos de sorpresa que ese proyecto me produjo.

Pero no me defendí mucho tiempo. La dulzura de Cécile, el hecho de que me gustara y esa especie de simpatía mutua que siempre nos ha unido, que aún nos une, y hace que jamás pase dos horas junto a ella sin sentirme más feliz, pronto me indujeron a desear lo que al principio estaba, para mis adentros, más bien dispuesto a temer. Sin embargo, como tenía gran interés en que no se sospechara que había roto mi anterior relación con el único fin de iniciar otra, quise irme de Brunswick. Cécile y yo nos prometimos amor y fidelidad.

Le pedí que guardara secreto sobre nuestros proyectos hasta que nuestros divorcios se hubieran hecho efectivos y me fui al balneario de Pymont, donde me dediqué a darle vueltas ociosamente a las incertidumbres que seguían atormentando mi veleidosa imaginación y mi in-

deciso carácter. El juego, la soledad entre tanto gentío, el reposo, la libertad de costumbres propia de las estaciones termales me parecieron, tras aquella triste y agitada vida, grandes placeres, y aunque seguía considerándome comprometido con Cécile, aunque sentía que se merecía mi afecto, a veces no me planteaba sino con temor el momento en que me vería de nuevo haciéndome cargo de la vida y destino de otra mujer. Seguía, sin embargo, escribiéndole con una ternura que sentía realmente, y sus cartas me producían un gran contento cuando me describían el sentimiento que yo le había inspirado. Pero no esperaba con impaciencia el momento de cambiar de situación.

Apenas había pasado un mes cuando Cécile me escribió para citarme un día determinado en Kassel: tenía que hablarme de asuntos importantes. Monté a caballo y fui hasta allí, pero había en mi estado de ánimo menos prisa por verla que temor a apenarla, y recuerdo que durante el camino me llegó a fastidiar la idea de ese encuentro. Una vez en Kassel no encontré a Cécile y la estuve esperando un día entero.

Como aquel retraso me resultaba extraño y me hacía temer que un acontecimiento imprevisto hubiera echado por tierra nuestros proyectos, el miedo a perderla reavivó mi afecto y padecí durante las tres últimas horas todas las inquietudes que produce el amor. Vi por fin a Cécile bajar de su carruaje, y ya tranquilizado por su presencia, volví en parte a mis primeras impresiones. Me hizo saber que estaba a punto de recuperar su libertad. La mía no andaba lejos. Me pareció, pues, que se aproximaba el momento en que iba a establecer nuevos lazos. Esa idea no dejó de incomodarme algo. Cécile no lo notó porque a ella misma le molestaba el secreto que tenía que decirme, y no reparé en su apuro, ya que estaba totalmente pendiente del mío.

Así pasamos tres días, queriéndonos mucho pero hablando de todo menos de nuestro porvenir. Aunque Cécile fuera muy atractiva no se me ocurrió aprovecharme de nuestros ratos a solas en una ciudad donde éramos unos desconocidos. Veía en Cécile a la mujer que probablemente sería mi esposa y, desde ese punto de vista, quería respetarla. Quizá también temiera

ofenderla con pretensiones inoportunas, así como quedar más estrechamente comprometido si acaso lo conseguía.

Cécile tenía que regresar al cuarto día, y estábamos agotando el tercero sin que yo supiera aún por qué habíamos recorrido entre veinte y treinta leguas para reunirnos. Por fin me dijo que iba a ser libre pero que su padre, que muy a regañadientes había permitido que se divorciara y que no tenía una buena opinión de mí, había puesto como condición para que su enojo se aplacara que dejase pasar unos años antes de casarse conmigo. Ése era, pues, el obstáculo inesperado, insuperable porque Cécile no era mayor de edad y, aunque lo hubiese sido, jamás se le habría ocurrido desobedecer a su padre. No necesité más para sentir una desesperación infinita. Pasé la noche llorando a sus pies mientras ella intentaba consolarme por aquel dolor que no imaginaba tan impetuoso ni tan poco acorde con mi anterior disposición.

La acompañé hasta la propiedad de su hermano mayor, donde me encontré con una familia que me acogió con bastante frialdad, y su

cuñada le exigió que me fuera al día siguiente. Esas dificultades acrecentaron mi enojo y, por consiguiente, mi amor. Le propuse a Cécile raptarla. Se negó. Tomé tristemente el camino de regreso a Pymont y, con la congoja de un amante absolutamente desconsolado, volví a ver los mismos lugares que había recorrido cinco días atrás, entonces casi irritado por la cita con Cécile. Mi pena era tan desgarradora que apenas podía mantenerme a caballo, y acabé varias veces tendido en el suelo dando gritos y prorrumpiendo en sollozos.

Una vez en Pymont, supe por cartas procedentes de Suiza de una bancarrota en la que casi toda mi fortuna estaba comprometida, y que requería mi presencia inmediata. Regresé junto a Cécile, pero sólo pude verla un instante y en secreto. Su cuñada la vigilaba y ella temía irritar a su padre. Nos afligimos juntos. Nos prodigamos mil promesas de amor y tomé a toda prisa una silla de postas para ir a salvar mi fortuna, si podía, prometiéndome sobre todo que, ocurriera lo que ocurriera, no tardaría en regresar para instalarme en algún lugar cercano a

la casa donde se encontraba Cécile, aunque se me prohibiera verla a menudo.